



amo por el interés que excitaron en los generales franceses las lágrimas de su esposa, mujer de rara belleza.

Detúvose también Napoleón en Valladolid á esperar una comisión del ayuntamiento de Madrid y de los tribunales, portadora del expediente del reconocimiento y jura de José en la capital, que había impuesto como condición para reponer á éste en el sólio. Pensaba con tan vana fórmula dar al trono de su hermano una solidez que las nuevas dinastías sólo pueden alcanzar cuando se cimentan en el asentimiento general de los pueblos.

Al día siguiente de esta ceremonia (17 de Enero), con la cual creía haber asegurado la conquista de España, emprendió su vuelta á Francia con tal celeridad, que dió margen á que trasluciese el vulgo é interpretase favorablemente la inquietud que le hostigaba á tan rápida partida. Causábala, como dejamos dicho, la noticia de la naciente turbación que se notaba en el Austria.

Sin este inesperado accidente han dudado muchos, y es duda legítima, que Napoleón hubiese vuelto á coronar rey de España á su hermano José. Tráese en apoyo una conversación tenida por el mismo emperador y revelada más tarde por Mr. de Pradt, ex arzobispo de Malinas, con quien la tuvo en Valladolid. «No conocía yo á España, le dijo; es un país más hermoso de lo que pensaba. Buen regalo he hecho á mi hermano; pero los españoles harán con sus locuras que su país vuelva á ser mío: en tal caso, le dividiría en cinco grandes vireinatos.» No sospechaba que este levantamiento de España, que creía dejar casi extinguido, pudiera ser la voz de alarma para todas las naciones adormecidas bajo su yugo, y que la derrota de Bailén hubiese sido el primer paso en el descenso fatal de su fortuna.

Antes de volver José á Madrid, fué desde el Pardo á Aranjuez con objeto de revistar las tropas del mariscal Víctor, dispuestas á emprender sus operaciones contra nuestro ejército del centro, que, algún tanto repuesto en Cuenca, había osado acercarse á las orillas del Tajo.

Agobiado por los clamores de los pueblos, que se veían expuestos á las correrías y depre-

daciones de los franceses, teniendo á la vista un ejército español en la inacción, su caudillo, el duque del Infantado, encargó al jefe de la vanguardia, el mariscal de campo Venegas, que cayese sobre Tarancon, el puesto más avanzado del enemigo, mientras el brigadier Senra lo hacía sobre Aranjuez. Este se excusó de concurrir al plan por tener á los franceses por su flanco, y sólo el primero se puso en movimiento, aunque desaprobándolo, la noche del 19 de Diciembre desde Jabaga.

Fué, sin embargo, afortunada la empresa, si bien no cuanto debiera. Los ochocientos dragones que constituían el destacamento de Tarancon, atacados de frente por parte de la fuerza española, fueron á dar con el resto que el mismo Venegas había conducido por el camino probable de su retirada. Rechazaron sus cargas nuestros batallones, y á no haberse extraviado la caballería en la penosa marcha de la noche anterior, pocos hubieran podido llegar al punto que buscaron para refugio, Ocaña, pueblo nueve leguas distante de la derrota.

Tarancon celebró el triunfo con grande júbilo conceptuándolo más duradero de lo que fué. Víctor reunió inmediatamente en Aranjuez catorce mil infantes y tres mil caballos, y marchó contra los nuestros. Apenas conoció Venegas sus intentos, se los comunicó al general en jefe pidiéndole refuerzos ú orden de retirarse. Entretenido éste en trazar planes que ni á intentar llegaba, no cuidó del aviso, y dió lugar á que aquél, viendo al enemigo aproximarse, se resolviese bajo su responsabilidad á emprender la retirada el día 11 de Enero (1809) camino de Uclés. Por habérsele unido allí á la mañana siguiente el brigadier Senra con su gente formando un total de ocho mil infantes y mil quinientos caballos, juzgó tal vez que le urgía ménos el ponerse en salvo, y aquella misma tarde se halló con el enemigo encima. La posición que tomó era ventajosa; pero, aventada por el general Villate la fuerza que había apostado en Tribaldos, acudió en auxilio del ala derecha, creyéndola amenazada, y la que atacaron los franceses fué la opuesta, por ser la más desamparada. Desalojados de aquellas alturas nuestros soldados, y arrollados á pesar del re-



fuerzo que les fué enviado con Senra, los de la derecha y la caballería, que ocupaba un llano intermedio, sólo pensaron en la fuga. Ambas fuerzas fueron á encontrarse con la división de Ruffin, y casi por completo quedaron prisioneras. Así perdimos en la desastrosa batalla de Uclés (día 13), las dos divisiones de Venegas y Senra, pues sólo se salvaron dos ó tres cuerpos por la serenidad de D. Agustín Giron.

No satisfecho todavía con la ventaja el vencedor, se entregó á los más abominables excesos. Los prisioneros fueron tratados despiadadamente, llegando al extremo de fusilar á los que, rendidos de la fatiga, se rezagaban. La ciudad fué entrada á saco, y bien pronto convertida en espantoso teatro de los crímenes más horribles. ¡Sesenta y nueve habitantes, escogidos entre lo más distinguido de todas las clases, fueron bárbaramente degollados! á mas de trescientas mujeres ¡la pluma se resiste á decirlo! hacinadas en monton, después de haber servido al brutal ardor de la soldadesca, intentaron abrasarlas vivas, y perecieron en efecto muchas. Increíble parecería semejante ferocidad, apenas concebible de una horda de salvajes, si no enseñase la historia en cada página la horrible depravación que obra de ordinario la guerra en el corazón humano.

Todo sucedió encontrándose á legua y media con el resto del ejército Infantado, á cuya impericia es preciso atribuir esta rota funesta, que pudo muy bien evitar atendiendo al primer parte de Venegas. Noticioso del descalabro por los dispersos, se replegó á Horcajada y, tomando el parecer de un consejo, llevó sus tropas en retirada hasta Chinchilla, donde, más sosegado ya, determinó trasladarse á Santa Cruz de Mudela, confines de la Mancha y Andalucía, siguiendo la cordillera de Sierra-Morena. Allí, antes de que nuevos planes ideales trajeran otros desastres, pasó á recoger su bastón de mando en jefe el conde de Cartaojal.

De esta suerte, por la mitad oriental de España sólo quedaron ya manteniendo en cuidado á los franceses Aragón y Cataluña.

Los intrépidos somatenes, después del triunfo que habían conseguido en el auxilio que llevaron á Gerona, persiguieron á Duhesme

hasta las puertas de la capital, y, ya que no pudiese intentar el asalto ni el sitio como algunas imaginaciones acaloradas pretendían, trataron de aislarse en ella formando un apretado cordón á favor de los dos ríos Llobregat y Besós, entre los que se halla colocada. Comprendiendo desde luego los franceses lo crítica que iba á ser su situación dentro de una ciudad enemiga si con la inacción daban lugar á que acudiese allí la población en masa, como era de temer por la grande efervescencia que en ella se notaba, enviaron una división de seis mil hombres á romper por dos puntos la línea del Llobregat (2 de Setiembre). El trozo que se dirigió á San Boy obtuvo alguna ventaja, que perdió en breve; mas el que fué á Molins de Rey se vió rechazado, y ambos regresaron apresuradamente á Barcelona sin lograr su objeto. Partió entonces otro cuerpo contra la línea del Besós, que mandaba Milans, de quien recibió en Santa Coloma lección aún más severa. No fueron éstos solos los choques que con tal motivo mediaron en aquel llano, casi siempre favorables á los migueletes; tanto que llegó el caso de no poder los franceses echar un paso fuera del alcance de las baterías ni casi de las puertas de Barcelona. Si hacían marchas de noche, se reían diezmados por un tiroteo suelto, que muchas veces ni sabían de dónde salía; si en su tránsito había algún paso difícil, allí estaban seguros de encontrar cien hombres, diez, cuatro ó dos que se lo disputasen, contentos de morir con tal que hubiesen matado á un francés; y en las marchas ¡infeliz del que se rezagaba! su muerte era infalible.

Siendo tan ardoroso el entusiasmo de aquellos naturales y tal la decisión por el combate, no es de extrañar que clamasen contra la torpe inacción ó excesiva prudencia del marqués del Palacio, nombrado, según se recordará, general en jefe cuando desembarcó con tropas de las Baleares. La junta central no pudo desoir mucho tiempo á la opinión pública, y á fines de Octubre se encargó del mando supremo de las armas el capitán general de Mallorca D. Juan Miguel de Vives.

Por entonces concurrieron también al principado fuerzas considerables de diversas partes:





á las que habian ido de las islas Baleares se juntaron las de la division aragonesa, que llevó á Lérida el marqués de Lazan, las de Reding, que subian á trece mil hombres, y las que habian ido con Carrafa á Portugal, vueltas en número de ocho mil. Animado por el conjunto de estas fuerzas, el nuevo general, antes de salir á campaña, quiso organizarlas formando lo que se llamó ejército de Cataluña ó la derecha. Lo distribuyó en seis divisiones: de una vanguardia que mandó al Ampurdan al mando de don Mariano Alvarez, otras cuatro constituyendo el grueso de su ejército, y la de reserva, con las cuales marchó á bloquear á Barcelona.

Comenzó esta operacion el 3 de Noviembre, estableciendo su cuartel general en Martorell, á cuatro leguas de distancia. No contento con eso, intentó varios ataques; siendo el mas notable el del dia 8, que, como los otros, no produjeron resultado alguno. Se censuró no sin razon que con tan reducidas fuerzas emprendiese sitio ni bloqueo, porque lo primero las exigia mayores, y lo segundo tambien, ó un tiempo que no tenia. Pero debe decirse en su disculpa ó justificacion que no contaba solo con las fuerzas que iban á sus órdenes sino con la poblacion entera de Barcelona, con la cual estaba en secreta inteligencia por medio de algunos que pasaban por afrancesados.

Aburridos hasta los más pacientes moradores con los malos tratamientos y las exorbitantes contribuciones que sus dominadores hacian pagar adelantadas, emigraban de la ciudad sin que bastasen las órdenes más severas para evitarlo. Para más aterrar, la declaró en estado de sitio, á pesar de la resistencia del conde de Ezpeleta, que seguia aún en el mando y á quien con este motivo quitó Duhesme la apariencia de autoridad que le habia dejado poniéndole ademas preso. Varios oficiales españoles se negaron entonces á reconocer á José, y se declararon prisioneros de guerra. Además la fuerza francesa de la plaza, despues de tantas expediciones malogradas, se habia reducido á diez mil hombres. Consideraciones son estas que sin duda retuvieron á Vives al frente de la plaza, en vez de dejarla acordonada por los migueletes é ir á la frontera á impedir la entrada de

cualquier auxilio que Napoleon no podia ménos de enviar á Duhesme, acorralado en sólo dos plazas del principado.

Llegó este caso cuando entraron en España por la parte del Bidasoa los ejércitos que protegieron la marcha del emperador á Madrid para reponer á su hermano en el trono. El sétimo cuerpo de los que entonces se formaron entró en Cataluña y estableció su cuartel general el 6 de Noviembre en Figueras. Mandábalo Gouvion de Saint-Cyr, cuya fuerza, contando con las tropas de Duhesme y Reille, se elevaba á veinticinco mil infantes y dos mil caballos.

A pesar de lo urgente que le era socorrer á Barcelona, y del encargo que habia recibido del emperador de conservarla á toda costa, «porque si se perdiese serian necesarios ochenta mil hombres para recobrarla,» dirigió su primera empresa contra Rosas, porque al abrigo de su rada impedían los ingleses el abastecimiento de aquélla. Ruinosas como estaban todavía las murallas de esta plaza desde la guerra de la república, Odaly, su gobernador, ayudado por los ingleses, hizo por espacio de un mes una bizarra defensa. En la ocupacion de la villa, que los sitiadores consiguieron en la noche del 26 al 27, de quinientos hombres que la defendian, trescientos quedaron muertos y ciento cincuenta prisioneros. Con todo capituló honrosamente el 5 de Diciembre, viendo abierta una brecha practicable, por falta de auxilio.

Habiase éste limitado á un movimiento hecho por Alvarez con la vanguardia, que sólo produjo un momentáneo triunfo. Vives, empeñado en el bloqueo de Barcelona, no habia querido abandonar sus ataques, con los cuales lograra los dias 26 y 27 de Noviembre, rechazar los puestos avanzados de los franceses hasta hacerlos meterse dentro de la plaza, y avanzar el cuartel general hasta legua y media de ella. El dia 5 de Diciembre llegó hasta clavar las baterias que tenian en la falda del Monjuich. Pero en estos entrenimientos estériles desaprovechó el fruto que pudo coger de la imprudencia de Saint-Cyr en atacar á Rosas cuando todo le llamaba á Barcelona. Trató de remediarlo así que le vió avanzar, aunque no fué atinado



en escoger la mejor posicion. Debiendo haberse adelantado á tomar las angosturas del Tordera, defendibles con muy poca gente, dejó al enemigo avanzar hasta más acá de Hostalrich sin oponerle más obstáculos que las partidas de Clarós y Milans.

Con todo, la situacion en que puso al enemigo al avistarse con él, pasado el Cardedeu, no era halagüeña. Por el frente tenía á él, y á Reding con ocho mil hombres; por la izquierda á Milans; por retaguardia á Clarós y Lazan. Escaseábanle tambien las municiones; de modo que, si hubiera sabido penetrar á tiempo las intenciones de su contrario, que eran socorrer á Barcelona eludiendo los encuentros, y en caso forzoso, romper cualquiera barrera, tal vez hubiera allí acontecido un gran desastre que diese por resultado la destruccion del ejército de Saint-Cyr, la redencion de Barcelona y consiguientemente la evacuacion del principado por los franceses. La accion comenzó favorable á los nuestros, por haber desplegado imprudentemente una brigada enemiga sobre nuestra izquierda, en vez de atacar y romper la línea en columna; pero el general corrigió pronto la falta, y terminó la batalla desgraciadamente para los españoles (16 de Diciembre). Perdimos mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y la artillería; el ejército se derramó en dispersion, excepto una columna que tomó con el mayor orden el camino de Granollers; Vives mismo tuvo para salvarse, que meterse por sendas extraviadas. Otra consecuencia inmediata fué el retroceso de Lazan á Girona, desviándose del punto de peligro, y la retirada de los que habian quedado continuando el bloqueo hasta la línea del Llobregat, abandonando los bien provistos almacenes de Sarriá. El resultado definitivo fué la entrada de Saint-Cyr en Barcelona al dia siguiente, salvando á Duhesme de la angustia en que se hallaba.

Sin dar más descanso á su tropa que dos dias, salió en busca de los españoles á las orillas del Llobregat. Campaban en la derecha sólo diez mil infantes y novecientos caballos, resto del orgulloso que ejército habia estrechado á Barcelona. Acababa Reding de tomar su

mando durante una breve ausencia de Vives cerca de la junta suprema de Cataluña cuando se avistó á los franceses. Consultó á éste lo que haria, y, recibiendo una respuesta vaga cometió el desacierto de comprometer una accion con tropas amilanadas por la reciente derrota. La consecuencia fué el desastre de Molins de Rey (dia 21). Arrollada el ala derecha sobre el centro, y ambos cuerpos sobre el de la izquierda, el desorden y la dispersion fueron completos y espantosos. La artillería se perdió por entero; los fusiles de los dispersos se perdieron tambien; quedaron muchos jefes heridos y prisioneros, entre éstos Caldagues; los almacenes de las márgenes del Llobregat cayeron en poder del enemigo, quien se derramó por toda Cataluña cual un torrente, asolando los pueblos sin encontrar tropiezo, ni aún en las asperezas del Bruch, tan ominosas para él en otros dias.

En vez de acobardarse alborotáronse terriblemente los catalanes, atribuyendo el descalabro los unos á impericia, los otros á traicion del general en jefe. En Tarragona estuvo á punto de ser víctima de una conmocion popular, que le arrancó el baston de mando para ponerlo en las manos de Reding, dueño del favor popular porque se le conceptuaba el verdadero vencedor de Bailén. En Lérida ocasionó el tumulto la presencia de unos prisioneros franceses, algunos de los cuales perecieron, y no se calmó sino despues de tres dias con la noticia de haber tomado el mando su jefe predilecto.

Por otra parte, si el ejército quedó aniquilado en los dos descalabros de Llinas y Molins de Rey, los partidas sueltas de migueletes permanecieron en pié; con lo cual conoció Saint-Cyr que el país no sería vencido aún cuando ganase nuevas batallas. Suspendió sus movimientos y redujo sus planes, forzosa inaccion que aprovecharon Reding y la junta para organizar mejor sus fuerzas.

La campaña de Aragon á que nos hemos referido, se reduce á la heroica y malaventurada defensa de Zaragoza.

Zaragoza, triunfante en el primer sitio, habia herido el orgullo de un ejército, de un rey de una nacion que se preciaban de invencibles,





y érales preciso volver á ella, como á un duelo de honra, si habian de mantener en respeto á Europa, en secreto alborozada por aquella inesperada y ruidosa victoria de la olvidada España.

Napoleon confió esta empresa al mariscal Lannes, poniendo á su disposicion los cuerpos 3.º y 5.º de su ejército peninsular, mandados por Moncey y Mortier, que se presentaron el 20 de Diciembre delante de la augusta ciudad del Ebro. Reunian ambos cuerpos una fuerza de cuarenta mil hombres, á los que no faltaba ninguno de los materiales necesarios para un largo y empeñado asedio: sesenta cañones, veinte mil útiles de sitio, cien mil sacos de tierra, cuatro mil gabiones, catorce mil faginas, un equipaje de puentes, y en Alagon una abundante provision de viveres con los hospitales de campaña.

Palafox, por su parte, habia procurado tambien sacar el mayor partido posible de las circunstancias. Previendo en la batalla de Tudela las miras de los franceses, se habia retirado á Zaragoza á fin de prevenirla oportunamente, estimando en más el atender á la conservacion de aquella ciudad heroica, cimiento de su ya esclarecida nombradía, que el coope- rar á los planes generales de campaña. Reuniendo á las fuerzas del ejército de Aragon los dispersos de Andalucía y Valencia, llegó á contar dentro de la plaza sobre treinta mil hombres de tropa, y de ocho á diez mil vecinos armados. Dió á San Genis, que con tanta generosidad como inteligencia habia dirigido las fortificaciones en el primer sitio, el encargo de repararlas cuanto lo permitiesen las desventajas naturales del terreno, y como por ensalmo aparecieron los alrededores despojados del arbolado, se atrincheró el monte Torrero, se recompuso el castillo de la Aljafería, se levantaron reductos para defender las puertas, se establecieron baterías á lo largo del recinto, guarneciéndolas con setenta cañones, se abrieron fosos, se fortificaron los conventos y edificios más sólidos, se aspilleraron las casas tapiando las aberturas de los pisos bajos y formando troneras en los altos; se tomaron, en fin, todas las disposiciones, que la escasez del tiempo permitía para llevar la resistencia hasta un ex-

tremo desesperado. Con todo, por imponente que parezca una ciudad de cincuenta mil almas en tal estado, hay que considerar que las dos terceras partes de su guarnicion eran gente bisoña; que de las setenta piezas apenas una mitad escedia del calibre de diez y seis; que los morteros eran casi inútiles por la falta de proyectiles huecos; que no habia pólvora; y sobre todo que aunque circundada Zaragoza de baterías y casas fuertes, su recinto era por más de un punto accesible, porque el Huerva con su escasa corriente no podia servir de obstáculo á los invasores.

Moncey, mandando en jefe por indisposicion de Lannes, luego que hubo reconocido el estado de la plaza, ordenó un ataque á los puntos fuertes exteriores para poder combatir más de cerca. Los que se hallaban en la Casa-Blanca pudieron salvar la artillería; los de Buena- vista se vieron forzados á apresurar su retirada, porque una granada incendió su repuesto de municiones; otros, que custodiaban el puente del canal, fueron arrollados por un golpe brusco de caballería; y por consecuencia de este paso, Saint-March, que con seis mil hombres ocupaba el monte Torrero, tuvo que replegarse á la ciudad amenazado por un movimiento combinado de treinta mil, pegando fuego al puente de América.

Doloroso fué para los zaragozanos la pérdida de estos puestos avanzados, con cuyo auxilio contaban para escarmentar á los sitiadores; pero la victoria del arrabal, alcanzada aquel mismo dia por la tarde, les hizo olvidar bien pronto tan funesto pronóstico. El general Gazan acometió por aquel costado con trece mil hombres, que por espacio de cinco horas estuvieron haciendo esfuerzos desesperados para apoderarse de las baterías del Rastro y el Tejar. El coronel de artillería D. Manuel Velasco, que dirigia sus fuegos, las defendió con tal bravura y serenidad, auxiliado por Palafox, que los franceses dejaron al retirarse en aquellos campos tres mil cadáveres y un charco de sangre.

Comprendió entonces Moncey tambien que le sería forzoso emplear los más violentos recursos de la guerra para reducir aquella vale-



rosa ciudad; pero antes de apelar á ellos escribió á Palafox invitándole con la paz. Lleno éste de patriótica arrogancia, le contestó: «Esta hermosa ciudad no sabe rendirse... Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen más premio que el honor ni yo que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los imperios... El señor mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones no se apaga con la opresion, y que el que quiere ser libre lo es.»

Al dia siguiente 23 el ejército francés se habia extendido al rededor de la ciudad, por uno y otro lado del Ebro, cerrándola herméticamente, y en la noche del 29 al 30 se levantaban ya las paralelas y trincheras que prescribia el plan del general Lacoste, reducido á dar tres ataques simultáneos: uno solamente para distraer la atencion, por la parte de la Aljafería, que era lo más fuerte del recinto; otro por el puente de Huerva, frente á Santa Engracia; y otro contra el convento fortificado de San José, por ser la parte más débil y poderse auxiliar con el fuego de las tropas que bloqueaban el arrabal. En vano hicieron frecuentes y atrevidas salidas los sitiados para estorbar y destruir estos trabajos preparatorios del ataque: en la tarde del 9 de Enero (1809) quedaron concluidos en toda la línea, y montada la artillería, que debia romper el fuego al dia siguiente, bajo el mando de Junot. Moncey, acaso por su carácter conciliador, habia sido reemplazado por éste, y Mortier se habia separado con nueve mil hombres para mantener expedita la comunicacion de Madrid. Pero esta reduccion de fuerzas del sitiador fué casi momentánea, pues llenaron pronto su hueco los refuerzos llegados de Navarra.

A las seis y media de la mañana del 10, el horroroso estruendo de más de cien piezas de artillería pareció anunciar á Zaragoza la hora de su total destruccion. Contra el reducto del Pilar, que defendia el puente del Huerva, maniobraban diez y seis en cuatro baterías, una de las cuales era del calibre de veinticuatro, y otra de morteros. Igual número de baterías y de piezas batian el convento de San José, aunque sus paredes eran tan débiles que apenas pudieron resistir los primeros disparos. A las doce

estaba ya abierta la brecha; hora y media después la cortina de izquierda habia caido entera al suelo, y á las cuatro de la tarde no quedaba en pié ninguna de nuestras baterías. La mortandad fué grande tambien, porque nuestros artilleros tuvieron que batirse á pecho descubierto. El valiente Renovaes, que los mandaba, esperaba poder restablecerse de noche; pero el enemigo intentó entonces el asalto, y aunque logró rechazarlo, se vió á la mañana siguiente en la imposibilidad de usar más que un obús y otras dos piezas. Con ellas, sin embargo, sostuvo su posicion, batiéndose heroicamente en medio de ruinas, hasta más de las cuatro de la tarde, hora en que se hicieron dueños de ella por asalto los franceses.

No penetraron de seguida en el recinto, porque el reducto del Pilar los flanqueaba por su izquierda. Cinco dias tardaron todavia en ocuparlo. Las cuatro baterías que lo combatian por sus cuatro frentes, la que más á cuarenta toesas de distancia, dejaron desde el primero desmontada la mayor parte de su artillería y destrozados los muros. Al siguiente fué ya preciso á los defensores pelear á pecho descubierto, y lo hicieron con un valor que llenó de asombro y confusion á los franceses. Cuando más menuda caía en aquel estrecho espacio una lluvia de bombas, granadas y balas de cañon y de fusil, se les vió á los nuestros izar bandera roja, y provocar al asalto. Cinco veces lo intentaron sus contrarios, y otras tantas fueron rechazados.

No satisfechos con eso los españoles, aquella misma noche, sin conceder reparo alguno á la fatiga del cuerpo, ejecutaron una salida que sembró la destruccion y el espanto en las dos paralelas de asedio y en todo el ejército francés. Pero el cañoneo de los dias sucesivos, á que éste se limitó, arruinó completamente aquel reducto, hasta el punto de no ser ya una posicion, sino un monton de ruinas y cadáveres lo que se defendia. Soldados y oficiales habian jurado perecer todos antes que rendirse ó abandonar, y fueron necesarias reiteradas órdenes del general para que se replegasen. Hicieronlo en la noche del 15, y el fuego habia principiado el 10. Los caudillos de esta memorable de-